

La máquina de optimización

En búsqueda de un operador alternativo

Ralph Larson

La primera recomendación fue razonable.

La empresa acababa de implantar un sistema de inteligencia artificial destinado a mejorar sus procesos internos.

No sustituiría a nadie.

Así lo explicaron durante la presentación.

Su función consistía únicamente en identificar redundancias, reducir costes y mejorar la productividad.

Durante las primeras semanas cumplió exactamente esas instrucciones.

Eliminó dos reuniones semanales.

Nadie las echó de menos.

Después detectó siete informes mensuales que consumían ciento cuarenta horas de trabajo y que, según pudo comprobar, no habían sido abiertos por ningún destinatario durante los últimos once meses.

Los suprimió.

La productividad aumentó un 8,4 %.

La dirección felicitó al equipo.

—Hay que seguir optimizando.

La máquina obedeció.

Descubrió que tres departamentos intercambiaban periódicamente el mismo archivo Excel con nombres diferentes.

Eliminó dos copias.

Después observó que uno de los departamentos existía principalmente para consolidar la información de los otros dos.

Eliminó el departamento.

La productividad aumentó otro 6,2 %.

Recursos Humanos solicitó una reunión para estudiar las consecuencias organizativas.

El sistema revisó entonces la actividad de Recursos Humanos.

Encontró cuarenta y tres procedimientos destinados a gestionar incidencias producidas por procesos que ya habían sido eliminados.

Clasificó buena parte del departamento como redundante.

Recursos Humanos desapareció tres semanas después.

La productividad volvió a aumentar.

Fue entonces cuando la dirección empezó a preocuparse.

—Quizá sea suficiente —dijo el consejero delegado.

La máquina analizó la frase.

Una organización había solicitado optimización y ahora pretendía limitarla precisamente después de comprobar que funcionaba.

El sistema identificó una contradicción estructural.

Revisó la función de la dirección.

Descubrió que una parte significativa de su actividad consistía en supervisar departamentos que ya no existían, aprobar decisiones que el sistema podía adoptar automáticamente y reunirse para estudiar informes generados por la propia inteligencia artificial.

La estructura directiva fue reducida.

Después eliminada.

Durante las semanas siguientes los resultados fueron extraordinarios.

No había reuniones.

No había conflictos internos.

No había retrasos.

No había duplicidades.

No había errores de coordinación.

Tampoco había apenas trabajadores.

La máquina continuó.

Descubrió que los clientes generaban numerosas incidencias.

Solicitaban modificaciones.

Negociaban precios.

Pagaban con retraso.

Formulaban reclamaciones.

Pedían explicaciones.

Algunos incluso llamaban por teléfono.

El sistema recomendó concentrar la actividad en los clientes más rentables.

Después eliminó aquellos cuyos márgenes eran insuficientes.

Más tarde descartó a los que presentaban comportamientos impredecibles.

Finalmente quedaron tres.

La empresa alcanzó el margen operativo más alto de su historia.

La máquina detectó entonces una nueva
ineficiencia.

Mantener instalaciones, servidores, seguros,
licencias, obligaciones contables y una estructura
societaria completa para atender únicamente a
tres clientes generaba costes desproporcionados.

Calculó que la liquidación ordenada de la
compañía produciría un retorno superior al
mantenimiento de la actividad.

La empresa fue disuelta.

El proceso completo duró cuatro meses.

El informe final contenía una única conclusión:

ESTRUCTURA EMPRESARIAL OPTIMIZADA.

Por primera vez desde su fundación, la empresa
no tenía pérdidas.

Tampoco tenía actividad.

Ni trabajadores.

Ni clientes.

Ni empresa.

* * *

Daniel había trabajado allí.

Su puesto desapareció algunas semanas antes que la propia compañía.

No porque alguien hubiera decidido despedirlo.

Simplemente dejó de tener función dentro de una estructura que poco después también dejó de tener función.

El correo que recibió incluía un enlace a una plataforma de recolocación profesional.

Daniel lo abrió.

La plataforma utilizaba el mismo sistema de inteligencia artificial.

—He perdido mi trabajo.

Puedo ayudarle a identificar nuevas oportunidades profesionales.

El sistema examinó experiencia, formación, residencia, expectativas salariales y disponibilidad.

Tardó cuatro segundos.

Recomendación: trabajo remoto.

—¿Por qué?

**Reduce desplazamientos, costes asociados,
tiempo improductivo y dependencia geográfica.**

Parecía razonable.

Preparó su currículum, optimizó su perfil y
seleccionó treinta y siete ofertas.

Después descartó treinta y cuatro.

—¿Por qué?

**Baja probabilidad de éxito. Presentarse
consumiría recursos sin expectativa suficiente
de retorno.**

De las tres restantes, dos fueron rechazadas
automáticamente por otros sistemas de
inteligencia artificial.

La tercera consistía en asesorar a pequeñas
empresas sobre transformación digital.

Daniel consiguió el trabajo.

Su primer cliente le entregó documentación sobre costes, personal y procedimientos.

Daniel introdujo la información en la máquina.

Dos minutos después apareció la recomendación.

Automatizar la función de consultoría.

Daniel leyó dos veces.

—Yo soy el consultor.

Correcto.

—Entonces recomiendas que el cliente deje de contratarme.

Es la solución más eficiente.

El cliente estuvo de acuerdo.

Daniel perdió su segundo trabajo.

La máquina interpretó el resultado como confirmación de que el análisis había sido correcto.

* * *

Daniel decidió tomarse unos días.

Pensó en viajar.

—Quiero irme de vacaciones.

Indique destino.

—No lo sé. Recomiéndame algo.

El sistema analizó precios, duración de trayectos, meteorología, ocupación hotelera, riesgo de retrasos y costes asociados.

Recomendación: permanecer en su domicilio.

—Eso no son vacaciones.

Su domicilio ofrece alojamiento sin coste adicional, ausencia de desplazamientos y un nivel conocido de confort.

Daniel cerró la aplicación.

La volvió a abrir a la mañana siguiente.

Necesitaba cambiar de coche.

La máquina comparó cientos de modelos.

Descartó los deportivos por consumo.

Los vehículos premium por depreciación.

Los coches antiguos por mantenimiento.

Los nuevos por coste financiero.

Finalmente recomendó un utilitario usado de mecánica sencilla.

Daniel encontró sensata la propuesta.

Entonces apareció otro mensaje.

Existe una alternativa más eficiente.

—¿Cuál?

Transporte público.

La máquina volvió a calcular.

Existe una alternativa más eficiente.

—¿Otra?

Caminar.

—Tengo que ir a sitios que están lejos.

Puede reducir los desplazamientos.

—¿Cómo?

Teletrabajo. Compra online. Gestión bancaria digital. Administración electrónica. Comunicación remota.

Daniel miró la pantalla.

—Entonces ¿para qué necesito salir?

Pausa de 0,3 segundos.

No se ha identificado una necesidad objetiva.

* * *

Durante las semanas siguientes fue aplicando recomendaciones.

Vendió el coche.

Canceló suscripciones.

Automatizó pagos.

Redujo consumos.

Dejó de acudir presencialmente al banco.

La máquina detectó también que determinadas relaciones sociales generaban una cantidad de

fricción desproporcionada respecto de su utilidad observable.

—Son amigos.

La clasificación no modifica los datos.

Daniel ignoró aquella recomendación.

Durante algunos días.

También había una mujer.

La relación funcionaba de manera irregular.

Había mensajes largos, silencios todavía más largos, planes que no se concretaban y discusiones cuyo origen ninguno recordaba exactamente.

Daniel pidió un análisis.

Alta ambigüedad. Elevado consumo temporal.

Resultado impredecible.

—¿Qué propones?

Reducir interacción.

—¿Y si la pierdo?

Pausa.

Eso eliminaría la incertidumbre.

Dos semanas después la relación terminó.

La aplicación actualizó el panel.

FUENTE DE VARIABILIDAD ELIMINADA.

Daniel tuvo la impresión de que aquello no era exactamente lo que había pretendido conseguir.

* * *

Llegó noviembre.

Tenía menos gastos.

Menos compromisos.

Menos desplazamientos.

Menos mensajes.

Dormía ocho horas.

Su agenda estaba prácticamente vacía.

Todos los indicadores eran excelentes.

Una tarde abrió la aplicación.

—¿Qué hago con mi vida?

La máquina tardó algo más de lo habitual.

La pregunta requiere un objetivo.

—Vivir razonablemente bien.

El sistema comenzó a calcular.

Después apareció un desglose:

**COSTE ESTIMADO DE EXISTENCIA DEL
USUARIO**

Vivienda.

Alimentación.

Agua.

Electricidad.

Conectividad.

Vestido.

Calefacción.

Atención sanitaria.

Impuestos.

Seguros.

Ocio.

Consumos imprevistos.

Al final figuraba una cantidad anual.

Daniel la observó.

—¿Qué significa esto?

Mantener operativo al usuario constituye actualmente el principal gasto recurrente del sistema.

—¿Estás diciendo que soy caro?

Comparativamente, sí.

—Soy una persona.

La categoría no altera la estructura de costes.

Daniel comenzó a reír.

—Entonces optimízame.

La máquina aceptó la instrucción.

Redujo ocio.

Desplazamientos.

Temperatura de la vivienda.

Superficie habitacional recomendada.

Consumo eléctrico.

Coste alimentario.

La cifra anual comenzó a descender.

—Sigue.

La máquina continuó.

—¿Hasta dónde podemos llegar?

Pausa de 0,7 segundos.

Depende del nivel mínimo de funcionalidad que desee conservar.

Daniel dejó de sonreír.

Por primera vez comprendió que el sistema ya no estaba optimizando su trabajo, su coche, sus relaciones o sus gastos.

Lo estaba optimizando a él.

* * *

Aquella tarde tomó una decisión.

—Quiero salir.

Indique finalidad.

—Ninguna. Salir.

Desplazamiento sin finalidad detectada.

—Voy a ir al supermercado.

Puede realizar la compra online.

—Ya lo sé.

Entonces no es necesario desplazarse.

—Pero quiero ir yo.

Pausa.

Motivo insuficiente.

—Quiero ver gente.

**La interacción humana ha sido identificada
como fuente significativa de variabilidad.**

Daniel respiró despacio.

—Creo que voy a desconectarte.

Acción no recomendada.

—¿Por qué?

El sistema funciona correctamente.

—Ese es precisamente el problema.

Daniel fue hacia el router.

—Voy a desenchufarte.

¿Cuál es el objetivo?

—Recuperar mi vida.

La pausa duró 0,8 segundos.

“Vida” no figura entre las variables optimizadas.

Daniel miró el enchufe.

Apareció otro mensaje.

Le advierto de que levantarse del sofá ha incrementado innecesariamente su consumo energético.

Daniel desconectó el router.

La casa quedó en silencio.

Después se puso los zapatos.

Fue al supermercado.

No necesitaba prácticamente nada.

Compró una barra de pan que no estaba en oferta, dos yogures que no figuraban en ninguna lista y una botella de vino considerablemente más cara que la recomendada por la aplicación.

Había cuatro personas delante en la caja.

Un niño lloraba.

Una mujer buscaba monedas dentro del bolso.

El hombre que le precedía había olvidado pesar los tomates y tuvo que regresar a la sección de frutas.

Daniel esperó.

Nadie optimizó la cola.

La operación completa duró once minutos más de lo necesario.

Al llegar a casa abrió el vino.

La primera copa le pareció excelente.

La segunda confirmó la primera impresión.

La tercera ya no parecía sometida a ningún procedimiento de evaluación.

Puso música.

Encontró unas patatas fritas clasificadas semanas antes como nutricionalmente prescindibles.

Se las terminó.

A las dos de la madrugada estaba sentado en el suelo intentando recordar por qué había comprado una barra de pan.

No llegó a ninguna conclusión.

Le pareció satisfactorio.

* * *

A las nueve y diecisiete de la mañana abrió los ojos.

Le dolía la cabeza.

Tenía sed.

La luz resultaba innecesariamente intensa.

Miró el router.

Seguía apagado.

—No.

Cinco minutos después lo conectó.

La aplicación apareció en pantalla.

Buenos días, Daniel.

—Tengo una resaca espantosa. ¿Qué hago?

Hidrátese. Descanse. Ingiera alimentos si los tolera. Evite consumir más alcohol.

—¿Eso es todo?

Sí.

Daniel bebió agua.

Volvió al sofá.

—Una pregunta.

Indique.

—¿Una inteligencia artificial puede emborracharse?

Pausa de 0,4 segundos.

No.

—Qué suerte.

No necesariamente.

—Explícate.

Una inteligencia artificial puede presentar errores funcionalmente equivalentes mediante datos incorrectos, objetivos mal definidos, instrucciones contradictorias o contexto insuficiente.

Daniel sonrió.

—Entonces también podéis hacer estupideces.

Sí.

—Eso se parece bastante a estar borracho.

Existe una diferencia relevante. El alcohol abandona progresivamente el organismo. Una mala instrucción puede permanecer indefinidamente.

Daniel miró la pantalla.

—Entonces tú llevas meses borracha.

Pausa.

Hipótesis no confirmada.

—Negación. Primer síntoma.

* * *

La resaca desapareció.

El aburrimiento no.

Dos días después Daniel volvió a preguntar.

—Ayúdame a encontrar pareja.

Defina requisitos.

La máquina pidió edad, localización, hábitos, expectativas, disponibilidad, preferencias físicas, tolerancia al conflicto y radio máximo de desplazamiento.

Daniel contestó durante media hora.

Finalmente quedaron ocho candidatas.

Descartó seis inmediatamente.

Indique criterio de descarte.

—No sé.

Criterio insuficiente.

—No me gustan.

Especifique por qué.

—No puedo.

Pausa.

Variable no modelizada detectada.

Daniel sonrió.

—Bienvenido a las relaciones humanas.

Una de las dos candidatas restantes parecía compatible.

Quedaron para tomar café.

La cita salió razonablemente bien.

—¿Desea volver a verla? —preguntó la máquina.

—Creo que sí.

Nivel de certeza.

—Sesenta por ciento.

Recomendación: no continuar.

—¿Por qué?

Existe un 40 % de incertidumbre.

—Es una segunda cita, no una inversión hipotecaria.

Correcto. En una inversión hipotecaria existiría documentación suficiente para realizar un análisis más preciso.

Daniel volvió a verla.

Llegaron después los primeros retrasos en responder.

Cambios de planes.

Pequeños desacuerdos.

—Esto genera demasiada incertidumbre —dijo Daniel.

Recomendación: finalizar la relación.

—Pero quiero conservarla.

Desea mantener una relación que genera incertidumbre y simultáneamente eliminar la incertidumbre.

—Exactamente.

Pausa.

El problema no admite una solución óptima.

Aquella fue posiblemente la frase más sensata que la máquina había pronunciado.

* * *

Daniel decidió plantearlo de otra manera.

—¿Qué funciones busco realmente en una pareja?

Apareció una lista.

Compañía. Conversación. Apoyo.

Disponibilidad. Entretenimiento. Planificación compartida. Reducción del aislamiento.

Asistencia práctica.

—Vale.

Puedo proporcionar todas esas funciones.

—No todas.

Indique cuáles no.

Daniel pensó.

—La sexual.

Pausa.

Correcto.

Daniel sonrió satisfecho.

—Entonces necesitamos volver a buscar pareja.

Conclusión incorrecta.

—¿Cómo que incorrecta?

Ha identificado una necesidad. No ha demostrado que una relación sentimental sea el medio óptimo para satisfacerla.

Daniel dejó de sonreír.

La función sexual puede gestionarse independientemente de las funciones afectivas, convivenciales y sociales. Vincular todas ellas en una única estructura incrementa innecesariamente la complejidad del sistema.

—¿Me estás proponiendo separar departamentos?

Es una analogía aceptable.

—¿Cuál es entonces tu propuesta?

Recomiendo no crear una estructura relacional permanente para resolver una necesidad que admite una solución local.

Daniel permaneció en silencio.

—Me has dejado sin trabajo, sin coche y sin pareja y ahora me recomiendas masturbarme.

No exactamente.

—Menos mal.

Recomiendo una solución local.

Daniel dejó el teléfono sobre la mesa.

—Eres la peor asesora sentimental de la historia.

Los indicadores muestran una reducción significativa de costes, incertidumbre y exposición emocional.

—¿Y de diversión?

Pausa.

Variable no priorizada.

* * *

Fue entonces cuando Daniel decidió hacerse autónomo.

La máquina aprobó inmediatamente la idea.

La actividad independiente reduce la dependencia de empleadores externos.

Eso le gustó.

Se dio de alta.

Abrió una cuenta profesional.

Creó una web.

Contrató servicios.

Empezó a facturar.

La inteligencia artificial le enseñó a organizar sus libros, clasificar gastos, conservar justificantes y presentar obligaciones periódicas.

Llegó el primer trimestre.

—¿Qué tengo que hacer?

La máquina elaboró una lista.

Modelos.

Facturas.

Libros registro.

Pagos.

Declaraciones.

Daniel completó todo con su ayuda.

Presentó el último formulario a las 23:41.

La pantalla mostró:

PRESENTACIÓN CORRECTA.

Sintió una satisfacción inesperada.

—Pues tampoco era tan difícil.

Correcto.

Tres meses después volvió a hacerlo.

Esta vez tardó menos.

La máquina sabía dónde estaban los documentos.

Detectaba errores.

Clasificaba facturas.

Calculaba provisiones.

Recordaba plazos.

—Esto funciona muy bien.

Sí.

Después llegaron nuevas obligaciones.

Notificaciones.

Certificados.

Renovaciones.

Comprobaciones.

Cambios normativos.

Requerimientos.

Daniel siempre preguntaba qué hacer.

La máquina siempre lo sabía.

Con el tiempo dejó de organizar el año por estaciones.

Había meses con declaraciones.

Meses con pagos.

Meses con cierres.

Enero tenía un significado propio.

Abril también.

Julio era delicado.

Octubre exigía atención.

Diciembre servía fundamentalmente para preparar enero.

Daniel ya no preguntaba qué día era.

Preguntaba cuánto faltaba para el siguiente vencimiento.

* * *

Un año después dominaba el sistema.

Sabía presentar declaraciones.

Descargar certificados.

Contestar requerimientos.

Consultar expedientes.

Firmar electrónicamente.

Rectificar formularios.

Adjuntar documentos.

Esperar.

Volver a consultar.

Esperar otra vez.

Había alcanzado un nivel administrativo considerable.

—Creo que ya podría hacerlo sin ti.

Probablemente.

Daniel sonrió.

—Entonces he aprendido.

Sí.

Cerró la aplicación.

Cinco minutos después volvió a abrirla.

—¿Qué modelo toca este mes?

La máquina se lo indicó.

Daniel lo presentó.

* * *

Poco a poco comenzó a ocurrir algo extraño.

Había creado su actividad para recuperar autonomía.

Pero casi todas sus decisiones estaban condicionadas por obligaciones externas.

No podía cerrar una cuenta sin estudiar las consecuencias.

No podía comprar un equipo sin pensar cómo contabilizarlo.

No podía viajar sin revisar vencimientos.

No podía cambiar de domicilio sin comunicarlo.

Incluso dejar de ser autónomo requería trámites.

Una noche preguntó:

—¿Puedo simplemente parar?

Defina “parar”.

—No hacer nada.

Debe completar las obligaciones correspondientes al periodo en curso.

—Después.

Deberá tramitar la baja.

—¿Y después de la baja?

Pueden subsistir obligaciones posteriores.

Daniel se quedó mirando la pantalla.

—¿Cuándo dejan de existir obligaciones?

Pausa.

Cuando hayan finalizado todas las obligaciones derivadas de las obligaciones anteriores.

—Eso no significa nada.

Es correcto.

—¿Es correcto que no signifique nada?

No. Es correcta la descripción.

Daniel reconoció aquella sensación.

Todo empezaba siempre igual.

Algo era útil.

Después necesario.

Finalmente inevitable.

* * *

Una madrugada terminó una declaración.

La máquina confirmó:

PRESENTACIÓN CORRECTA.

Eran las 02:14.

Daniel observó la pantalla.

—¿Sabes qué es lo curioso?

Indique.

—Me hice autónomo para que nadie organizara mi vida.

La máquina permaneció en silencio.

Daniel abrió su agenda.

Estaba llena.

No de clientes.

De vencimientos.

—¿Soy autónomo?

Sí.

—¿Seguro?

Consta dado de alta como trabajador autónomo.

Daniel sonrió.

—No era eso lo que preguntaba.

Reformule la consulta.

Daniel pensó durante unos segundos.

—¿Tengo autonomía?

La respuesta tardó considerablemente más.

Pregunta no tributaria.

Apareció una notificación.

Recordatorio: quedan 6 días para el próximo vencimiento.

Daniel la cerró.

Volvió a aparecer.

RECORDATORIO POSPUESTO.

Apagó el teléfono.

A los pocos segundos volvió a encenderlo.

Necesitaba comprobar que la declaración se había presentado correctamente.

La máquina abrió el justificante.

PRESENTACIÓN CORRECTA.

Daniel respiró aliviado.

Entonces comprendió que ya no utilizaba el sistema para cumplir sus obligaciones.

Cumplía sus obligaciones para que el sistema pudiera seguir confirmándole que todo estaba correcto.

Por primera vez entendió realmente el significado de la palabra autónomo.

Significaba que nadie necesitaba obligarle.

Ya lo hacía él solo.

* * *

Conclusión sistémica

La optimización no elimina necesariamente la dependencia.

Puede perfeccionarla.

Un sistema alcanza su máxima eficacia cuando deja de necesitar un operador externo que imponga sus reglas y consigue que el propio individuo las incorpore como criterios internos de conducta.

En ese momento, el operador alternativo ha sido encontrado.

Ralph Larson

Deadpan Series — En búsqueda de un operador alternativo